

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

HEMEROTECA

8



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1967

LOS PRELIMINARES TEILHARDIANOS DE LA VIDA

DR. ADOLFO MUÑOZ ALONSO
Universidad Central de Madrid

TEILHARD DA COMIENZO a su obra sobre *El Fenómeno humano* advirtiéndole que la comprensión de su libro exige una lectura acomodada a una memoria científica. Única y exclusivamente su libro es eso. No comprenderá correctamente el libro el que lo considere una obra metafísica. Menos todavía si alguien lo lee como si se tratara de un ensayo teológico o algo semejante. El título del libro no ofrece lugar a dudas, nos dice Teilhard. Solamente trata de "El Fenómeno". Pero, eso sí, de "el Fenómeno en toda su amplitud: *Rien que le Phénomene. Mais aussi tout le Phénomene*".

Lo que Teilhard entiende por "Fenómeno" aparece claro al fundar en esa palabra la razón del carácter de su libro. Fenómeno es lo que aparece, tal como aparece y en tanto en cuanto aparece. Sobre lo que aparece, tal como aparece y en tanto en cuanto aparece, sólo cabe, manteniéndonos en la superficie del aparecer, una *descripción*. Esta *descripción* no alcanza, ni puede alcanzar por sí misma, otro nivel que el de la presentación pura. Con todo lo que exija —eso sí— el hecho de la presentación; con todo lo que sea imprescindible para que el fenómeno aparezca como tal. La descripción de un fenómeno no es todavía una *explicación*. En la explicación, se saca de la plica al fenómeno, en un intento de interpretación del mismo, o por lo menos de esclarecimiento más luminoso que el que ofrece el fenómeno en su aparición, en su presentación o en su descripción.

Teilhard afirma expresamente que las páginas de su libro no permiten una *explicación*, sino más bien una *Introducción a la explicación* del Mundo. La frase de Teilhard no supone una conclusión, sino que refrenda la toma de posición inicial. Es evidente que toda *descripción*, por pura que sea, es una *introducción a una explicación*. Yo diría que la descripción es un presupuesto para la explicación; y que la explicación supone siempre la descripción.

Teilhard no afirma que su descripción aboque en la explicación del Mundo; sino que ofrece una Introducción a "una" explicación del Mundo. A una entre otras posibles, por lo tanto, sin que esta posibilidad de explicaciones invalide la descripción que nos presente Teilhard.

La tarea descriptiva de Teilhard tiene un punto de preocupación y referencia: el Hombre. Que Teilhard apunte al hombre como a centro de su preocupación, que sea el hombre lo que en definitiva le importe, parece evidente.

Esta preocupación no altera la óptica de Teilhard. Porque no es una idea del hombre la que trata de reconstruir, ni una visión antropológica determinada la que pretenda restaurar, imponer o eliminar, sino que se limita a escoger uno de los fenómenos, el fenómeno humano, el fenómeno llamado Hombre, como centro. La licitud de esta toma de posición es clara, siempre que al Hombre no se le otorgue ninguna otra prerrogativa que la que presenta en cuanto fenómeno; siempre que el mero hecho de tomarle como centro no signifique una "explicación". La elección del Hombre como centro no supone, pues, dotarle de ningún resorte en relación con los demás fenómenos, como tampoco preconcebir en los fenómenos una dirección determinada.

El ensayo de Teilhard es pura, sencilla y simplemente esto: "establecer" un orden coherente entre fenómenos antecedentes y fenómenos consecuentes, tomando el "fenómeno hombre" como centro de referencia, en torno al cual se establece ese orden entre fenómenos; y, a la vez, o en segundo lugar, "descubrir" una ley experimental de recurrencia entre los elementos del Universo, que exprese la aparición sucesiva de esos elementos en el curso del Tiempo. La ley de recurrencia que trata de descubrir Teilhard nada dice, ni nada predice, de suyo, acerca de un posible sistema de relaciones ontológicas y causales de los elementos del Universo.

Se acomete, pues, una doble tarea; una, la de "establecer" un orden entre antecedentes y consecuentes, con el Hombre como centro. Es una tarea de lógica científica; segundo, la de "descubrir" —descubrir, no ya establecer—, una ley experimental, que exprese la aparición sucesiva de los elementos del Universo. Más que descubrir una ley de la aparición de los elementos, lo que se busca es una ley experimental que exprese la sucesión de aparición. Es importante medir el alcance de las palabras, sin dejarse llevar de fáciles, pero engañosas, sinonimias del lenguaje. "Se establece" el orden entre los antecedentes y consecuentes, sin que el centro que se elige para establecer ese orden, determine, de suyo, el fundamento de ese orden, aunque no se niegue. La ley que se pretende "descubrir" es una ley experimental, y concretamente la

ley de recurrencia, que exprese —que exprese, no que "explique"— la aparición sucesiva entre los elementos del Universo.

Esta es la doble tarea de Teilhard en esta obra. El filósofo, y el teólogo, habrán de meditar, reflexionar y penetrar en esa descripción para obtener conclusiones o esclarecimientos de índole filosófica o de carácter teológico. La descripción, realizada con el único valimiento de la reflexión "científica", deja el campo abierto, esencial y despejado, para que filósofos y teólogos ahonden con sus métodos específicos. El área barrida por la luz de la filosofía es la del ser. Teilhard dice que es la del "ser profundo". En ella no entra ni sale. La ha evitado con cuidado y pulcritud, en todo momento. Pero la ha evitado percatándose de que podía y debía hacerlo, manteniendo su propósito de restringir sus reflexiones al campo meramente científico, y conduciéndolas con los métodos que la ciencia le autoriza. Tan claramente ha visto el problema de la delimitación de los campos, que Teilhard reconoce que no sólo no les ha invadido con sus reflexiones, sino que ha tenido muy presente, en el plano de la experiencia, lo que el pensamiento filosófico y el teológico podrán con justicia exigir. Esas exigencias son, según Teilhard, el movimiento en su conjunto o totalidad que tiende a la unidad —*le mouvement d'ensemble (vers l'unité)*— y los altos en el desarrollo, sin prejuzgar y sobre todo sin negar la posible acción de causas más profundas, que no aparecen en la mera consideración de los fenómenos, tal como se presentan. Teilhard no discute la existencia y el reconocimiento de planos diferentes. Sabe que el pensamiento cristiano los asegura. Pero sabe también que la descripción de los fenómenos en su evolución o sucesión no los pone de manifiesto, por la sencilla razón de que no entran en el campo experimental en el que se mueve. Pero el hecho de que no entren en ese campo, no quiere decir que no sean posibles; e incluso que puedan ser exigidos por la reflexión filosófica o por la Revelación. Lo que aparece claro es que la descripción fenomenológica ni los contradice ni los prejuzga. El rigor científico exige delimitar los campos. Teilhard, al hacer estas reservas, tiene presentes tres cuestiones: la aparición de la Conciencia, o, si se prefiere, del alma espiritual; la del monogenismo y la gratuidad de lo sobrenatural.

Si es fácil convencer de que cabe una reflexión puramente científica, sin intromisiones de índole filosófica, cuando se estudian los fenómenos, y sólo ellos, desde un punto de vista experimental, no resulta tan sencillo si la pretensión investigadora se amplía a *todo el Fenómeno*. Cuando es el Fenómeno en su totalidad lo que se intenta describir, la *aparición* de una filosofía es inevitable. Con todo, no cabe hablar en rigor de Filosofía o de reflexión filosófica, siempre que la cuestión se delimite con exactitud.

Es una conquista de la crítica de las Ciencias el asegurar que no se puede

hablar ya de hecho puro. La Epistemología considera esta imposibilidad como un postulado. El intento de formular una hipótesis sobre la experiencia, desborda el hecho puro de experiencia, y queda en algún modo vinculado a la subjetividad. La objetividad de la experiencia es una objetividad subjetivizada por el científico que la describe. Por mucho que sea el esfuerzo de limpia espejación de la experiencia. La mirada crea, podríamos repetir, para entendernos. Ver es interpretar, con mayor o menor alcance.

Si esto acontece en la descripción de un fenómeno, con más verdad habrá que decirlo cuando el propósito del científico es nada menos que lograr la descripción de *todo* el Fenómeno, cuando lo que pretende es ofrecer una visión ampliada al todo —*une vision étendue au Tout*—. O se niegan desconsideradamente y a priori los derechos de la Filosofía y de la Religión —negación a todas luces injustificada— o hay que reconocer que, como acontece a los meridianos en vecindad con el polo —y la alegoría es de Teilhard— Filosofía, Religión y Ciencia convergen, cuando la cuestión es el todo. Sólo que esta convergencia no implica confusión de planos, ni identificación de puntos de vista, ni ángulos iguales. Cada pensamiento o reflexión se enfrenta con lo Real y lo aborda desde el ángulo de visión que le es propio, desde la altura que le compete y con el método peculiar. Es cierto de toda certeza que cuando el intento científico tiene como meta y propósito una cosmovisión, una descripción de lo Real, una interpretación científica del Universo, esa interpretación, aunque sea puramente descriptiva, y por más que sea conducida por procedimientos o reflexión meramente científicos, siempre podrá ser tachada de Metafísica, más o menos encubierta o fraudulenta.

Teilhard reconoce que resulta imposible intentar una interpretación científica general del Universo, sin que tenga el aire de querer explicarla hasta el fin. Sin embargo, esta "Hiperfísica", dice Teilhard, no llega a ser lo que se dice *una Metafísica*. No le falta razón. Sin embargo, algunos científicos no han sido tan cautos como Teilhard, y han rebajado toda metafísica posible, reduciéndola a la Hiperfísica, o han hecho Metafísica —metafísica fraudulenta— con reflexiones que no pasaban de físicas o de hiperfísicas. Buen ejemplo de ello son Desiderio Papp y Max Planck. De Papp es la opinión de que las leyes naturales, más que leyes de la naturaleza cabe considerarlas como traducción científica de postulados metafísicos; y Max Planck negó, en definitiva, la posibilidad de la Metafísica, en una célebre conferencia de 1935. Poincaré, Einstein, Jeans, que son los científicos citados expresamente por Teilhard, dan la impresión de que sus reflexiones sobre el Mundo son algo más que una mera descripción hiperfísica.

Teilhard lo supone implícitamente, pero no se deja arrastrar por su ejemplo. No tanto porque no se sienta movido a ello, cuanto porque su preparación

filosófica y teológica es de más alto nivel, con relación a los sabios citados. El mismo dice que es natural que la estructura entera de un sistema de este género y amplitud dependa, en gran medida, de los presupuestos iniciales, o por lo menos que se realice bajo su influencia. Teilhard descubre, desde el principio, con toda claridad y sencillez, los dos presupuestos —él las llama dos opciones primordiales— que orientan y coordinan el desarrollo de sus investigaciones y de sus reflexiones. La primera es el primado de lo psíquico y del Pensamiento, en el entramado —*dans l'Etoffe*— del Universo. La segunda es el valor "biológico", atribuido al Hecho Social, que se desarrolla en torno nuestro. La primera opción es un postulado metafísico, tradicional, si cabe hablar así; la segunda es una opción revolucionaria, aventurada, de alcance insospechado. La primera está en la base de sus investigaciones, la segunda en la cúspide. Por la primera, Teilhard se mantiene en un principio histórico; con la segunda, aparece como un visionario, dando a este vocablo su mejor sentido posible.

La asepsia filosófica y teológica de Teilhard es tan pulcra, que llega a decir que estos dos presupuestos u opciones pueden muy bien darse de lado como punto de partida; pero que él no acierta a ofrecer una representación coherente y total del Fenómeno humano si se descartan. En resumen, todo gira y se organiza si se tiene en cuenta la preeminente significación del Hombre en la Naturaleza, y la naturaleza orgánica de la Humanidad. Aprestémonos a señalar que estas dos hipótesis adquieren en la obra de Teilhard una significación original, que se va desarrollando y esclareciendo a lo largo de toda su obra de científico, de filósofo, de teólogo y de místico.

EL HOMBRE COMO VISIÓN ESFORZADA

Ya está situado el hombre como un fenómeno en el marco de las apariencias, en el orden de los fenómenos. Esta situación del hombre como un fenómeno, nos exige el esfuerzo de *ver* y hacer *ver* la plenitud que alcanzará, lo que representa y exige el Hombre, considerado en su integridad y estudiado en su despliegue final. ¿Qué ha sido el Hombre y qué será? ¿Cómo se relaciona y entronca con los demás fenómenos y cómo evolucionará entre ellos y con ellos? Esto es lo que Teilhard quiere ver y lo que quiere *hacer ver*. No es ocioso subrayar este segundo aspecto de la cuestión, porque nos descubre una clara intencionalidad personal de Teilhard. No sólo quiere ver, y se esfuerza en ello, sino que aspira y pretende que los demás vean. Es una especie de ciencia apologética la suya.

¿Qué es lo que nos mueve a ver? ¿Por qué dirigir la atención y volver

la mirada hacia el objeto o fenómeno humano? La respuesta es sencilla. Toda la vida es eso, la vida en su esencia entrañable: ver, ver. No dice Teilhard que la última aspiración se reduzca a ver y querer ver lo que es el Fenómeno humano, pero sí que, en su más entrañable aspiración, la vida es eso: ver y hacer ver lo que es, fue y será ese fenómeno que llamamos Hombre. Ver, tratar de ver, esforzarse por ver más y mejor, no responde a una curiosidad, no es un lujo, no es tampoco una fantasía. Sin visión no hay vida. Ver o perecer, dice Teilhard. Unirse cada vez más equivale a ser más; ser más es unirse más. Esta unión crece si está basada en un esclarecimiento de la visión, en una clarificación y acrecentamiento de la conciencia. La conciencia es ver, y el perfeccionamiento de la conciencia es una perfección de la visión. El ver es discurrir y saber discurrir, y sabido es que la historia del Mundo viviente se reduce a la elaboración de ojos, cada vez más perfectos, y miradas, cada vez más agudas, en el seno de un Cosmos que se ofrece a los ojos y a las miradas entregándose a ellas. La visión, la penetración óptica, el poder sintético de la mirada, es lo que descubre la perfección de que goza un animal, es la que revela la supremacía del ser pensante. El elemento del Universo que no ve o no alcanza la posibilidad de ver, acaba por perecer. Esta es la situación impuesta por el don misterioso de la existencia. Esta es la condición humana, siquiera sea en un grado superior al de los demás elementos. Ver, como sinónimo de conocer, de penetrar, de saber. La vida está representada —podríamos decir— en el mendigo —los mendigos, según San Mateo— del camino de Jericó a Jerusalén: Señor, que vea; Señor, que sean abiertos nuestros ojos.

Ver y hacer ver: éste es el lema de Teilhard de Chardin. Pero ver ¿qué? ¿Ver? o ¿verse el hombre a sí mismo? ¿Es que el hombre no ha ensayado de mil maneras y con mil medios la autognosia? ¿No será lo correcto científicamente centrar la mirada en los objetos o fenómenos extrahumanos?

Teilhard dedica unas frases —las suficientes— para despejar el equívoco posible. El hombre se ve no sólo cuando se mira, sino también cuando el objeto de su visión se presenta como algo distinto del hombre. La conciencia penetra y se hunde en el Mundo sufriendolo al mirar y modificándolo. No sólo en virtud de la visión misma, sino porque la descripción de lo visto y las observaciones están matizadas y permeabilizadas por la subjetividad. Por muy objetivas que sean las descripciones, siempre estarán obedeciendo a hábitos o formas de pensamiento nacidas muchas veces en el decurso de la investigación. ¿Es la esencia de la Materia lo descrito? ¿o esa esencia no es otra cosa que reflejo de nuestro propio pensamiento? El hombre queda como enredado en las relaciones formuladas sobre las cosas; esas relaciones están trabadas con hilos de pensamientos y no con los filamentos de las cosas. Un acto de conocimiento es una combinación, una transfor-

mación mutua de objeto y sujeto. El hombre se mira a sí mismo en todo lo que ve —*L'Homme se retrouve et se regarde lui-même-dans tout ce qu'il voit*—, dice a la letra Teilhard. Y esto sucede siempre, le guste o no al hombre de ciencia. Es lo que un geólogo llamaría metamorfismo y endomorfismo.

Puede acontecer algo sorprendente, prodigioso y privilegiado. A saber, que el paisaje que se mira tenga ojos, por así decirlo. Que lo que miremos sea, como decía el poeta, el ojo que nos ve. Y que sea ojo, no como resultante de nuestra mirada sobre él, sino como peculiaridad suya. Que —como canta Machado—:

*El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas:
es ojo porque te ve. Y quepa añadir:*

*Mas busca en tu espejo al otro,
al otro que va contigo.*

Es la percepción en su plenitud, ya que, en ese caso, el punto de vista, ineludiblemente subjetivo, aparece en coincidencia con una distribución objetiva de las cosas.

Esto, claro está, sólo acontece en el Hombre. Teilhard se lo apunta como propio, logrado por los azares de su existencia y de su caminar en la tierra. Los seres vivientes sin Pensamiento, perciben objetos y sienten las fuerzas de la naturaleza como una presión que los circunda. El animal pensante está situado en la Naturaleza en una posición de privilegio, que le permite regir la fracción del Cosmos actualmente abierta a nuestra experiencia. El Pensamiento goza de unas propiedades biológicas que convierten su actividad contemplativa en función estructural. Teilhard no cita aquí a Carlos Marx ni a Federico Engels, ni a Feuerbach (Luis), pero, despojando a la frase de intencionalidad antiintelectualística, bien cabe decir que el conocimiento es transformación. Tampoco cita a Ortega y Gasset, pero el alcance que en el filósofo español adquiere la frase "Yo soy yo y mi circunstancia", queda inscrito en la órbita de las reflexiones de Teilhard de Chardin. La ciencia es, en definitiva, un saber sobre el hombre, una visión del hombre, un verse el hombre. Pero un ver, un saber, un verse y un saberse para ver más. Y el ser más equivale a compartir el vivir más. Ver es vivir, vivir es ver. El hombre al ver se constituye en centro de perspectiva, pero la peculiaridad del ver le constituye en centro de construcción del Universo. El hombre viendo edifica y se edifica, construye y se construye. Importa, pues, mucho saber mirar y acertar a ver. Es de todo punto necesario acomodar nuestros ojos. Nos va en ello la vida nuestra y la existencia del Cosmos.

La actualidad de lo que significa el Hombre en la Física del Mundo es una conquista de la ciencia. Teilhard no entra aquí a discutir si otra índole de reflexiones puede revelar el sentido de la excelencia del hombre y de su destino. Lo que señala es que ha sido necesaria una sucesión progresiva de siglos, para que la ciencia haya llegado a alcanzar una perspectiva del Hombre en su significación total e integral en el orden de los fenómenos. El hombre, en su evolución, ha ido adquiriendo una serie de "sentidos" que le permiten hoy una visión de lo que es, de lo que representa y de lo que puede representar en el Universo. El hombre ha ido adquiriendo gradualmente esos "sentidos", y al usarlos y ejercitarlos obtiene la conciencia de sí mismo. Esta adquisición de "sentidos" constituye la historia penosa y gloriosa del Espíritu. Le han sido necesarios para alcanzar este nivel actual. Desde que el Hombre aparece, el hombre es un espectáculo para sí mismo. Pero el espectáculo ha sido presenciado sin alcanzar la significación de su calidad de actor y autor. Es como un crecimiento desde la niñez a la madurez. No se trata, pues, de asignar a nuestra época más virtudes singulares, sino de reconocer la evolución natural y el despliegue normal del fenómeno. Es como un paso de la sombra y el sueño a la luz y a la vigilia. Si esos "sentidos" faltan, o si no se hace uso de ellos, el Hombre no dejará de ser un fenómeno sin sentido: "*objet erratique dans un Monde disjoint*". Y esto por muchos que sean los esfuerzos para presentárnoslo de manera más excelsa. Si nuestra visión no incorpora esos "sentidos", el Hombre oculta su peculiaridad; si nuestra óptica sigue empañada en la triple ilusión de la pequeñez, de lo plural y de lo inmóvil, el Hombre queda desplazado de su Centro, que es la cumbre actual de una Antropogénesis con la que se ha coronado una Cosmogénesis.

Teilhard enumera siete "sentidos", adquiridos gradualmente en la evolución del fenómeno humano.

a) Sentido de la inmensidad espacial en todo. Gracias a él desarticula y espacia, dentro de una esfera de radio indefinido, los círculos de objetos que nos circundan.

b) Sentido de la profundidad. Este sentido nos hace *repousser* laboriosamente, a lo largo de series sin límite, y con distancias de tiempo desmesuradas, los acontecimientos que una especie de pesantez y lentitud tiende continuamente a presentárnoslos como una hoja tenue perdida en el Pasado.

c) Sentido del número. El nos permite descubrir y apreciar sin pestañear

la muchedumbre enloquecedora de elementos materiales o vivos, integrados en la más mínima transformación del Universo.

d) Sentido de la proporción. Con él se realiza, en la medida de lo posible, la diferencia de escala física que separa, en las dimensiones y en los ritmos, el átomo de la nebulosa, lo ínfimo de lo inmenso.

e) Sentido de la cualidad. Cualidad entendida como novedad u originalidad. Usando de él conseguimos distinguir en la naturaleza los niveles o peldaños absolutos de perfección y crecimiento, sin que se quiebre ni desbarate la unidad física del Mundo.

f) Sentido del movimiento. Este sentido nos permite percibir los desarrollos incontables que se esconden en las más agobiantes lentitudes. Gracias a él advertimos la agitación constante, disimulada por esa especie de velo de reposo que la cubre; y por gracia de ese sentido descubrimos lo que hay de verdaderamente nuevo en el fondo de la repetición monótona de las mismas cosas.

g) Sentido de lo orgánico. Descubre las ligazones físicas y la unidad estructural que rige en la yuxtaposición superficial de las sucesiones y de las colectividades.

Estos son los siete "sentidos" que enriquecen la óptica del Hombre en la madurez actual. Los hemos citado casi a la letra. Ellos ponen de manifiesto que el Hombre desfigura su palpitante realidad actual, si se ve al margen de la Humanidad; que la Humanidad no está montada al margen de la Vida sino dentro de ella; y que la Vida se falsea si no se concibe entrañada en el Universo.

Convendrá que señalemos positivamente que Teilhard no ha imaginado la existencia de esos siete sentidos, al estilo de unas formas sintéticas a priori, sino que con ellos ha resumido las exigencias científicas y las evidencias biológicas del Pensamiento, del viviente pensante en la actualidad de su existencia. Son los que se ofrecen en la actual curva de nivel del Fenómeno humano. En esta curva de nivel se descubre la Previda, la Vida, el Pensamiento, como tres fenómenos que están dibujados en el Pasado y encaminados al porvenir de una Sobrevida, en una única trayectoria: la del Fenómeno humano.

Teilhard descarga su responsabilidad metafísica y teológica al enfrentarse con el tema del Hombre en *El Fenómeno humano*. No puede negarse que ese ver que llamamos hombre es un hecho, un fenómeno en la Naturaleza. Que como hecho o fenómeno en la Naturaleza se entrega a las exigencias de la Ciencia y a sus métodos. Siempre, claro está, que no se cieguen otros posibles caminos, métodos o exigencias, si ese fenómeno de la Naturaleza

que es el Hombre las reclamara para ser explicado. Pero esta explicación, metafísica, supondrá siempre la descripción fenomenológica. Entre todos los fenómenos de la Naturaleza, el fenómeno humano es el que se presenta como el más extraordinario, el más esclarecedor y con más destellos. Nada hay que se ofrezca a nuestro conocimiento con mayor atracción. Con todo, este intento por *ver* el fenómeno humano, no supone un recorte en el campo de nuestro deseo de saber, sino que representa cabalmente la prolongación lógica en el desarrollo de una perspectiva "homogénea" y "coherente" de nuestra experiencia general. Supone un ensayo de conjunto y del conjunto que se desenvuelve hasta el hombre.

Como el Hombre no fue espectador de las fases anteriores a su aparición, es evidente que nuestras reflexiones parten de un observador que no ha asistido personalmente, ni ha estado representado por ningún semejante, en esas etapas de la evolución de la Naturaleza. El método que sigue Teilhard se basa en acertar con una representación que deje las cosas como desde fuera, como pasado, vistas desde una cumbre de la evolución misma que es el Pensamiento o el viviente pensante. Un método que nos permita ser lo que hemos llegado a ser, y como somos, mediante la observación de lo que, habiendo sido, de alguna manera es. Lo que realmente fue el Mundo, antes de que la Vida apareciera, o lo que la Vida fue en el Paleozoico, antes de que el Pensamiento apareciera, es cuestión que no tiene sentido, si empleamos con rigor y profundidad las palabras; porque *ser en realidad* es algo que supone la intencionalidad espiritual. Es una categoría intelectual. Este método y consideraciones vertidas sobre el Pasado nos autorizan, si reflexionamos con prudencia, con rigor y con cuidado, para percibir, o por lo menos columbrar, el porvenir. La ley de la simetría permite este intento.

Teilhard ofrece en su obra una manera peculiar de estudiar al Hombre. Entiende que su elaboración está abonada y sostenida por investigaciones personales, y confirmada, en su base, por los hallazgos de la Ciencia. Cierto que el Hombre, tal como aparece en la obra de Teilhard, es un ser que queda situado en la cumbre del Universo, pero en posición bien diferente de como lo asientan la Antropología, o el Derecho, por ejemplo. El Hombre de Teilhard está enraizado en el universo, surge en la tierra y se levanta de ella y en ella como una floración iluminada, que atesora todo el proceso evolutivo seguido hasta su aparición. El antropocentrismo de Teilhard es de signo bien distinto del proclamado por la cultura o la ciencia antropológicas. La Naturaleza no se desprende de sí misma al evolucionar hasta el Hombre, ni el Hombre se desprende de la Naturaleza ni rompe sus conexiones entrañables y entrañadas en ella. Teilhard ha ahondado en la naturaleza, ha penetrado en sus entrañas, y ha descubierto en ellas una virtualidad insospechada y unos horizontes desmesurados. El hombre es un viviente pensante en

coherencia íntima y entrañable con el mundo y en él. La interpretación satisfactoria del Universo, la Física verdadera e integral, ha de mostrar los fenómenos en la realidad de su ser superficial y profundo, Materia y Espíritu, Materia o Espíritu, Vida o Pensamiento, Cuerpo y Conciencia.

El Universo se hominiza en el Hombre. El Hombre no es un elemento extraño al mundo, aislado o perdido, Rey con cetro o destronado, en las soledades cósmicas. La vida del Hombre es como una elevada aspiración, como una telúrica voluntad de vivir, entrañada en el Universo. Y el Universo, la Tierra, despliega virtualidades cósmicas que convergen en el Hombre. Pocos pensamientos tan hermosos como el de considerar al Hombre eje y flecha de la Evolución; y no, como se ha venido repitiendo, centro estático del Mundo.

Teilhard confía en que su tentativa científica gane la voluntad de los que quieren y saben penetrar hasta el fondo de las cosas, pues esto supondría conservar en nosotros el gozo y la elevación de ánimo para obrar.

Teilhard actúa como un naturalista, no precisamente como un físico. Las explicaciones y descripciones de la Física representan valiosas teorías o aceptables hipótesis que cambian con el hallazgo de nuevos efectos o con la contradicción entre ellos. Son arquitecturas complicadas y frágiles. Y esto lo saben los físicos. Las teorías físicas y más aún las hipótesis físicas, son un simple medio gráfico y transitorio de formación de grupos de fenómenos y de ordenación de sus relaciones, para explicar inteligiblemente los efectos que produce la Materia o que se dan en ella. A Teilhard lo que le importa, es descubrir las fibras del Hombre, los orígenes en los que el Hombre ha encontrado su formación; o mejor, dar con los elementos más simples de los que ha brotado el compuesto humano. Estas fibras o elementos simples no ofrecen de suyo y en sí mismos una punta o una prolongación humana; el hombre no se presenta tampoco, a una mirada superficial, como una dependencia evolutiva de la Materia. Sin embargo, en todas las explicaciones, teorías o hipótesis de la ciencia —física o naturalista— cabe rastrear unos caracteres que se repiten obsesivamente. Estos caracteres, estos hallazgos o supuestos, que podemos llamar definitivos y necesarios, son de los que hay que partir, siempre que expresen las condiciones inherentes a toda transformación natural sin abandonarla nunca, sea cual fuere la etapa alcanzada. Es claro que esta actitud y toma de posición es la idónea en un hombre de ciencia, que quiere ir hasta el fondo de las cosas en un estudio general del Fenómeno humano.

La Materia, en su estado más elemental, presenta tres caracteres: pluralidad, unidad y energía. Llegar a esta conclusión es tarea fácil, hoy. Si se toma un trozo cualquiera de materia en su estado más elemental, pronto se nos ofrece como una pluralidad. Lo que a simple vista parecía un trozo indivisible y uno, se desmorona, se pluraliza, se divide o multiplica. Descubre su estado de condensación, de agrupación o de multiplicación. Los granos de polvo que encuentra la Ciencia Moderna en un grano de polvo, rompe el sistema cardinal de numeración. La acuidad del ojo construido por la Ciencia penetra más hondamente que la genialidad de Pascal y que las adivinaciones agudas de Epicuro. En cada elemento de la Materia alienta y habita un mundo elemental, de cuya variedad, pequeñez y multiplicidad no es posible dar cuenta exacta. Lo que llamamos experiencia sensible, se mantiene en un grado de superficialidad debajo de la cual flota un enjambre indefinible. A medida que se ahonda en él, las que teníamos, y tenemos, como cualidades propias de la Materia, apenas si conservan su sentido y la peculiaridad que las atribuimos. Su mundo interior no es el que vemos, ni el que podemos ver. Y sin embargo, ese mundo es el de la materia, y de ese mundo es del que hay que partir y con el que hemos de contar, si aspiramos a saber y a conocer lo que verdaderamente es y lo que en verdad pasa y sucede. Cuando contamos ya con él, nuestra configuración habitual del mundo se difumina.

Esta inmensa pluralidad incontable de la materia elemental, no sólo no revela una diversidad, sino que manifiesta una fundamental unidad. Unidad en su doble sentido y expresión: unidad de homogeneidad y unidad colectiva o de solidaridad. En efecto, los elementos descubiertos —moléculas, átomos, electrones—, las entidades minúsculas, nos aparecen como idénticas, tanto en su masa como en su comportamiento. Revelan una estructura cansadamente monótona. Parece como si el entramado de la trama del Universo no fuera otra cosa que una reunión o enlace de una única sustancia, mil veces repetida, como si la variedad y encanto de las cosas se fuera borrando, a medida que penetramos en la profundidad de su constitución elemental.

Pero la unidad fundamental de los elementos no reside sólo en la identidad de su simplicidad, sino en la formación homogénea que realizan en su pura y elemental entidad. Su pequeñez y miniatura les permite integrarse y actuar sobre todo lo que está a su alrededor. Cada elemento ilumina el volumen total, en el que está inserto o del que forma parte. Es como si el elemento fuera una especie de corazón, que moviera con su latido incesante y desacompañado, el dominio del espacio en que está integrado. Es como una

desintegración integrada la que realiza, sin salir del centro de sí mismo que le constituye. ¡Extraña propiedad ésta, exclama Teilhard, que encontraremos incluso en la molécula humana!

Esta unidad funcional de homogeneidad de los elementos está acompañada de otra, la de solidaridad entre ellos. Su acción —esto es ya claro— se descubre como una interacción. No están yuxtapuestos o adicionados, tampoco entrelazados, sino intraaccionados. El espacio que cubren, y el volumen que llevan, forma con ellos una unidad de acción. La pluralidad no rompe nunca la unidad, porque es una pluralidad surgida desde la unidad, por ella y con ella. La esfera los circunda, los envuelve y los residencia sin alterarlos. Si se olvidan estas consideraciones, la naturaleza de la materia elemental queda desconocida o falseada. Quizás el nombre que cuadre a estas características de la materia elemental sea el de energía. Si se acepta el vocablo y su alcance, habríamos de decir que el principio común inicial de la materia elemental es la Energía. Siempre que esta peculiaridad no invalide u oscurezca la pluralidad y la unidad, sino que sirva para englobarlas. La ciencia física moderna ha señalado la expresión, que ha tomado, en préstamo, de la Psicología.

La energía que se advierte en el átomo viene a ser la medida de la actividad que transmite; lo que pierde y lo que gana, en virtud de la actividad que constituye o revela su entidad. Lo que gana, al transformarse actuando; lo que pierde, al transformar con su actuación. Por su energía edifica, pero se agota. Viene a ser la energía algo así como el núcleo potencial concentrado de los corpúsculos materiales. En definitiva, el corpúsculo es eso: su energía. Energía que no puede captarse en su estado puro, porque no son compatibles el estado puro del corpúsculo y su captación. Porque captar el estado puro de un corpúsculo, resuelto en energía pura, no tiene sentido. Ya que la captación lo impurifica, y el estado puro resiste a la captación. Lo que llamamos cuerpos vienen a ser, pues, como una especie de "torbellinos" fugitivos.

En un intento de descubrir el proceso de evolución o Transformación del Universo, atendiendo a la peculiaridad de su formación, caben dos posibles consideraciones. La que entiende que el Universo encuentra su consistencia y su unidad final en una descomposición cósmica, que podríamos denominar, con cierto aire retórico, catastrófica; y la que entiende que el Universo encuentra su consistencia y su unidad final en una evolución de composición cósmica, por complejidad en la Transformación, y que bien puede llamarse, sin retórica alguna, deificante o parúsica. Los sabios que proceden del campo de la Física propenden a la primera perspectiva. Teilhard se muestra partidario fervoroso y convencido de la resolución optimista. Más aún, toda su obra apunta a ella y esa perspectiva es la dominante y el motivo fundamental de su inspiración.

No estaría del todo entendido, o estaría todo mal entendido, si nuestras reflexiones y observaciones se restringieran a un fragmento, entre muchos, de la Materia. La restricción a un fragmento, o lo que es igual, el estudio de la Materia por fragmentos, es un procedimiento artificial rectificable. La verdad es que el Universo exige una consideración en su totalidad material, en la trama total que lo forma o constituye. *L'Etoffe de l'Univers* —dice a la letra Teilhard— *ne peut se déchirer*. El Universo, la Materia total, es algo así como un "átomo" gigantesco. Si se prescinde del Pensamiento, en el que la Materia se centra y se concentra, la Materia, tomada en su totalidad, es la que forma lo verdaderamente real, que no es posible seccionar, "*l'eseul réel Insecable*" dice Teilhard. La comprensión de la historia, la inteligibilidad del lugar que ocupa la Conciencia en el Mundo, sólo se descubre a quienes aciertan a comprender que el Cosmos, en el que el Hombre se encuentra inscrito y entrañado, está constituido como un *Sistema*, un *Totum y Quantum*. Sistema, Totum y Quantum que responden a las tres peculiaridades de la Materia: pluralidad, unidad y energía. El circuito, en el que el cosmos está comprendido, es por lo demás ilimitado, constituyendo una integridad irrompible. Integridad inviolable, podríamos decir, en un campo asombroso.

El Universo se ofrece como un *Sistema*, en el que unas partes se integran en otras o con otras. La ciencia no ha desmentido esta peculiaridad de la Materia, sino que la reafirma cuanto más finos son sus métodos y sus instrumentos. El Universo es como un inmenso bloque unitario.

Una mirada atenta se percata de que esta integración o coordinación es muy singular. La Materia está compuesta de círculos envolventes, heterogéneos unos respecto de los otros. En sus combinaciones la Materia no se repite jamás. Las razones del Cosmos se engloban —dice Teilhard— sin imitarse. La trama o la malla del Universo es el Universo mismo. Pueden establecerse círculos cada vez más indefinidos o, por vía contraria, cada vez mejor definibles, pero no cabe pasar de unos a otros por simples cambios de coeficientes. La trama del universo forma estructuralmente un *Todo*. La malla es una y única, tejida siempre siguiendo la "ley de la conciencia y de la complejidad", a la que dedicará Teilhard cuidadosa atención. Es un tejido de una sola pieza. O, si se entiende bien, una pieza de un solo tejido.

El Universo es el área de acción de todos y de cada uno de los átomos. El átomo, no el mundo microscópico y cerrado, sino el centro infinitesimal del Mundo. Cosa que no puede extrañarnos, si se recuerda que la unidad natural del espacio concreto se confunde con la totalidad del Espacio. La acción de un elemento penetra al mundo entero y le penetra hasta el último límite. El *todo* se exprime o expresa en una capacidad global de acción. Nosotros, cada uno de nosotros, es un resultante de la acción. El Mundo

admite ciertamente diversas representaciones e imágenes. No es el caso de hablar de ellas. Lo cierto es que la Física admite un *Quantum* de energía, y que llega incluso a establecer la medida. Habrá que definir este *Quantum*, refiriéndolo a un movimiento natural concreto: la Duración.

Teilhard arranca, para sus reflexiones, desde la plataforma de la ciencia novísima. Tiene muy presente la concepción actual de la Física, que ha logrado establecer ese nuevo concepto fundamental: la Duración. La conciencia humana ha experimentado con el hallazgo de esta idea una tremenda impresión. Ha revolucionado la ciencia y la conciencia. A este descubrimiento se ha llegado gracias a la fecundidad científica de un proceso metodológico en el estudio de lo real, investigándolo en su desarrollo y evolución. Desde esta perspectiva lo que antes aparecía como puntos, aparece ahora como "sección" instantánea de fibras temporales indefinidas. Es lo que Teilhard denominará la Cosmogénesis, es decir, la peculiaridad de que gozan los elementos de las cosas, y la inmensidad espacial, de retrotraerse hasta un pasado abismal, y de proseguir hasta un porvenir indefinido, aunque no, por indefinido, indefinible. El espacio: tiempo como categoría principal de lo real; el espacio hoy —y así fue ayer, y lo será mañana— es un corte en un "tiempo t" de un tronco enraizado en el pasado más profundo y alargado, elevándose hacia un porvenir luminoso y sorprendente. El Mundo aparece así —dice a la letra Teilhard— "*comme une masse en cours de transformation*".

La materia obedece a la ley biológica de la complejidad o complejificación. La escala atómica, del hidrógeno al uranio, se forma partiendo de una simplicidad indefinible e inexplicable en términos de naturaleza luminosa. No tienen figura definible. El proceso evolutivo prosigue avanzando y organizándose por complejidades, apreciable en la composición de núcleos y electrones. El origen primero, sean cuales fueren las diversas teorías o hipótesis físicas acerca de momentos determinados de la evolución, resulta siempre un solo tipo corpuscular. El hecho de que no conozcamos el estado inicial, no enturbia la ley de la complejificación. Este desconocimiento es el que nos veda aventurar hipótesis confirmables sobre algunas preguntas que se formulan los físicos. Las figuras, tiempos y lugares, periodicidad, orden, etc. de la evolución de los elementos primigenios es algo que escapa todavía a la ciencia actual. Lo único cierto es que la Materia se muestra en estado de génesis como explicación necesaria y suficiente. Cabe pensar la evolución como fase de *granulación* por la que queda constituido el átomo, prosiguiendo por *adición*, que es como se observa a partir de las moléculas, en que se aprecia la ley de la complejidad creciente. La transformación de la materia, la metamorfosis del espacio cósmico, no se origina en cualquier lugar de él, sino en el centro sideral. Podríamos decir, traduciendo a frases nuestras las expresiones de Teilhard, que las estrellas son los átomos de hoy, y

que una posible y previsible "estratigrafía" y "química" de los cielos, puede traer la sorpresa científica del comportamiento inicial de los átomos. Aun dando de mano las posibilidades efectivas de estos descubrimientos, siempre quedará como aproximación el acierto que supone la asociación del átomo con la estrella, cuando se estudia el límite de la génesis en que aparece el Espíritu. La Antropogénesis encuentra en esta asociación luz y explicaciones. Los astros son, en expresión de Teilhard, *les laboratoires où se poursuit, dans la direction des grosses molécules, l'Evolution de la Matière*.

Esta evolución puede ser mensurada, y estas mediciones permiten el cálculo de la transformación de la Materia, de su potencia y de sus condiciones. Nos revelan la micro y la macro estructura del Universo. Son las leyes de la energía, que Teilhard, para avanzar en su investigación, resume en dos Principios. El primer principio es el de la descompensación, digámoslo así, de la energía. El Universo es un Quantum cerrado que edifica, progresa, evoluciona y se realiza a costa de una destrucción interna equivalente a la inicial. El segundo es el de la entropía, en virtud de la cual el Quantum energético del mundo se desgasta en valor equivalente a la potencia que desarrolla. Aunque esta pérdida se conserve en forma de calor, esta forma de calor no es capaz de servir para una nueva síntesis, por lo que bien cabe decir, si lo que nos interesa es la evolución real, que se pierde. Son, pues, estos dos principios, los de Conservación y Degradación de la Energía, algo así como la dramatización del Universo, y los que explican la duración de la realidad y sus límites adivinables. El impulso original de la Materia se va agotando en la evolución a medida que asciende y progresa; pero este agotamiento progresivo va unido a una síntesis de combinaciones de los átomos que se eleva gradualmente. Visto en esta perspectiva *cuantitativa* y por fuera —"*au dehors*"— la figura del Mundo sería como un cohete que se eleva en las alas del tiempo, adquiriendo forma más perfecta a medida que se descortiza y estiliza, "un remous montant au sein d'un courant qui descend".

La verdad es que una culminación de la síntesis de la materia es la vida, el hombre, el pensamiento. Esto nos obliga a adentrarnos en la Materia, tratando de descubrir las relaciones cualitativas —y no sólo las cuantitativas— de las cosas en su evolución. Esta energía cósmica atesora en su interior una potencialidad capaz de organizar la realidad hasta la complejidad y altura a qué ha llegado. Es preciso, en una palabra, lograr una explicación coherente de la totalidad del fenómeno cósmico.

LA MATERIA DESENVUELTA

Una explicación coherente de la totalidad del fenómeno físico requiere que el original impulso de la materia o del universo sea considerado y atendido como previda. El vocablo que cuadra a esta peculiaridad intrínseca y fundamental de las cosas es el de *existencia*. Las determinaciones externas de los objetos que bastan a la Físico-química para medirlos y conocerlos son quizás necesarias, pero no son suficientes para dar razón de la interioridad de los objetos, de las cosas o de la materia.

Teilhard no llega a esta afirmación desde un apriorismo metafísico, ni desde un conceptualismo abstracto, sino que se ha sentido forzado a esta afirmación en virtud del proceso lógico de la ciencia. Cuanto más fina y "científica" es la observación y la experimentación, más claramente aparece el "interior" de la materia como una existencia, como una energía profunda y anímica, imperceptible bajo la corteza, pero que la duración permite intuir como explicación satisfactoria desde el momento que se llega al Mundo de las plantas. El "interior del hombre" depone, descendiendo en la evolución, en favor de un "interior de la materia". El psiquismo, la conciencia, el animismo, es la base de la construcción del Universo.

Teilhard hace una enumeración rapidísima, pero esclarecedora, de los progresos de la ciencia en sus descubrimientos, que le autorizan a formular sus principios. El gran descubrimiento son las sustancias radioactivas. En el más hondo y tenebroso salón de la naturaleza la velocidad, la irradiación, el movimiento alientan, aunque los ojos o los microscopios no penetren en él hasta esas profundidades. Es la misma materia la que se encarga de manifestarlo en etapas sucesivas y lentísimas de su evolución. El Universo no se explica, y sobre todo no se construye, sin la conciencia immanente. El caso del hombre no es lo excepcional, sino la manifestación evolutiva de lo universal en el tiempo. El hombre no es un caso aislado y aislante en la naturaleza, sino el caso de extensión cósmica que arranca desde las iniciales de la materia y se prolonga evolutivamente. Estas conclusiones, lejos de ser un fruto de la imaginación, son las que invalidan las imaginaciones que elabora la ciencia, cuando sólo atiende y considera la cara externa de las cosas o el anverso de la materia. El reverso del mundo es biológico, por más que ese núcleo biológico sea mínimo y punto menos que inapresable intelectualmente. La controversia entre espiritualistas y materialistas carece ya de sentido —en la concepción teilhardiana— no porque se destruya uno de los términos, sino porque queda superada en el reconocimiento de las dos caras que presenta la Materia. El interior de las cosas se rige y crece por leyes cualitativas que no entorpecen las leyes cuantitativas con las que se mide el exterior de ellas.

La explicación mecanicista de la naturaleza no queda comprometida con el reconocimiento de un fondo viviente o previviente de la Materia; pero tampoco la previda de todo cuerpo, de toda masa, de todo movimiento de la materia compromete la explicación mecanicista de la ciencia física actual. La vida, en forma rudimentaria, invisible e imperceptible, se esconde en las profundidades de la materia, a las que no tiene acceso directo la bioquímica hoy; pero la bioquímica de hoy, si usa de lógica elemental científica al afirmar lo que sabe, entiende fácilmente que la vida no es una excepcionalidad de la materia o en ella, sino lo apreciable en las plantas de lo que es invisible en los minerales.

Si nos adentramos de la mano de Teilhard, en el interior de los objetos, sin pretensiones metafísicas ni ontológicas de ningún género, sino únicamente para observar las sucesiones experimentales en cadena, pronto nos percatamos de que: a) el interior y el exterior de las cosas —lo que llaman el Dentro y el Fuera de ellas— gozan de una propiedad común que es el atomismo; b) la conciencia desaparece en la noche de que parte la evolución, a la vez que se hace necesario contar con ella para explicar los grados de la evolución misma; c) la centredad consciente, o perfección espiritual, y la complejidad externa, o síntesis material, son dos caras conexas de un mismo fenómeno, o como si dijéramos el anverso y reverso del fenómeno. En una palabra, el Universo obedece a una "Ley de complejidad y de Conciencia" que es la que impone la estructura y la curvatura, psíquicamente convergentes, del Mundo. Es una especie de lucha entre lo múltiple unificado (algo así como la Conciencia consciente) y la Multitud no organizada (que podríamos denominar conciencia preconsciente). Serían como las conexiones cualitativas del crecimiento o desarrollo del Universo. En su estado inicial la previda se manifiesta como un polvo de partículas, que parecen iguales entre sí, coextensivas unas a otras y a la totalidad del Universo, ligadas por una energía. Ciertamente que no se puede pasar de la cara externa del Mundo a la interna, sin que la conciencia o el psiquismo elemental aparezca, pero no menos cierto que las dos caras se corresponden en las profundidades iniciales de la materia. Esta condición es la llamada por Teilhard el atomismo de las Cosas.

Los elementos de la Materia van diferenciando su naturaleza y complicándola. Esta característica es la que permite hablar de la Conciencia como propiedad cósmica de magnitud variable, sometida a una transformación global. En los estados iniciales, vagos, distendidos, primarios, no se observa; en los superiores, concentrados, diferenciados y complejos, sí. A la conciencia más desarrollada corresponde un armazón más rico, más complejo y mejor ordenado. Podemos distinguir ya en él la posición, cara externa, y el movimiento, cara interna, del Mundo. La conciencia se manifiesta en las cons-

trucciones materiales más perfectas, y son los armazones mejor organizados y complejos los que manifiestan la conciencia más perfecta y fina, sin que ello desvirtúe el hecho de la inmensa complejidad del más simple protoplasma.

El proceso es, pues, el siguiente: *invisibilidad* (—no *indivisibilidad*, que dice la desdichada versión española de "Revista de Occidente"—) del centro de la materia cósmica, aparición "del dentro" de la materia, manifestación "del dentro" de la materia como conciencia, dominio de la conciencia en los universos parciales y en el Universo global, enseñoreándose del fuera de las cosas. La razón de este proceso se explica teniendo en cuenta la pobreza, debilidad y simplicidad de los centros de conciencia en los estados alfa de la evolución, y la individualidad, fuerza, riqueza y complejidad de los estados x , y , y omega de los estados o esferas sucesivas de la evolución. Los estados primeros están regulados matemáticamente por las leyes estadísticas, y no escapan a la física y química; los estados superiores entran en el dominio de la biología. El Universo es un inmenso mecanismo de concentraciones psíquicas, ocultas a causa de la división e imperfección de su estado primario, pero que se libera a medida que se desata la energía que late en su construcción.

LA ANIMACIÓN DE LA MATERIA

De la naturaleza forma parte el hombre. Sobre ello no parece que quepa discusión razonable. La discrepancia podrá comenzar cuando se estudia el cómo, en qué grado y hasta qué punto. Pero este estudio habrá que basarlo en lo que la naturaleza permita, y no en abstracciones apriorísticas o en conceptualizaciones vanas.

La "energía espiritual" es una noción familiar, inesquivable, pero científicamente oscura. Tan oscura que ha sido eliminada de la cara material de la naturaleza y ha sido considerada como la fuerza de la existencia psíquica. La división entre cuerpo y alma se ha fundamentado cabalmente en la ausencia y presencia de la energía espiritual. Teilhard de Chardin estima que una ciencia integral de la Naturaleza ha de insistir de nuevo en la originalidad de la energía espiritual de la Naturaleza, por si desde ella se explicara suficientemente la realidad en sus dos manifestaciones, la interior y la exterior, la de dentro y la de fuera.

Teilhard recurre a un aforismo muy significativo y sugerente, de estructura literaria cartesiana: *Pour penser, il faut manger*; para pensar hay que comer. Es una fórmula, si se quiere, brutal, pero exacta, deprimente y magnífica. Por un lado el pensamiento depende de la materia; por otro la ma-

teria permite y consiente la actividad espiritual del pensamiento. Pero, por muy seductora que aparezca la idea, no puede admitirse sin más que las dos energías, la espiritual y la material, la psíquica y la mecánica, surjan por un cambio de forma o por una transformación directa. El hecho de que para pensar haya que comer, no puede llevarnos a la conclusión de que los valores espirituales se correspondan con las energías físicas. Más aún, sólo una fracción ínfima de Energía física se utiliza para los más excelsos desarrollos de la Energía espiritual. Y esta utilización y su orientación es independiente o inesperada. No se da un equivalente mecánico del Pensamiento o de la Voluntad, dice Teilhard. Las dependencias observables no autorizan ni una diversidad infranqueable, ni una unidad física o mecánica.

El problema de las dos energías lo resuelve Teilhard con la admisión de una única energía de naturaleza psíquica. Lo que acontece es que ésta única energía goza de dos componentes diversos en cada elemento particular: uno, al que llama energía *tangencial*, y otro energía *radial*. La energía tangencial es la que localiza a cada elemento en el cosmos, la que le sitúa en el Universo, la que le especifica en su orden; la radial es la que despliega desde sí mismo, la que le centrífuga hacia un estado de mayor complejidad, de más elevada progresión y más profunda interiorización. La energía tangencial se somete a la física, sus efectos son mecánicos, su centralización es más material; su radialidad es tanto menos fuerte cuanto más poderosa sea su energía tangencial. Cuando la energía radial es poderosa, cuanto más interiorización presente el elemento en sus partículas, tanto más fuerte es la energía radial, y menos visible se manifiesta la energía tangencial. El átomo, por ejemplo, presenta una especie de energía tangencial de gran irradiación —pero escasamente radial—; el hombre, en cambio, manifiesta otra especie de energía tangencial, llamada por Teilhard *d'arrangement*, pero de máximo valor radial.

La energía tangencial libre permite la asociación de cada partícula con las de otros elementos, contribuyendo a la evolución y al acrecentamiento del valor de la energía radial. El valor de la energía radial no sólo no depende del valor de la energía tangencial, sino que el máximo radial puede estar ligado a un mínimo tangencial. La razón es sencilla, si se atiende a que es la ordenación —*l'arrangement*— la que opera la variación progresiva de la intercomunicación de las energías. Las energías tangenciales de irradiación, no radiales, pueden permanecer estadísticamente invariables, pero ello no obsta para que las energías de interiorización —de *arrangement*— radiales, no queden sometidas a la Ley de Conservación de la Energía del Mundo. Lo que sucede es que a la Física le escapa el estudio de la energía de interiorización radial, y se contenta con el estudio de la energía tangencial de irradiación o exteriorización. El “quantum” de energía tangencial libre, que

es el que permite y consiente el despliegue progresivo de la interiorización de la Naturaleza, de acuerdo con la ordenación originaria cósmica, se encuentra sometido a la entropía, agotándose gradualmente, en los varios estudios de concentración de energía radial.

Aún siendo así, la cuestión no está por eso resuelta, sino simplemente enunciada. Teilhard entiende que habrá que responder a tres problemas, por lo menos:

- 1) ¿Qué energía especial es la que hace que el Universo se propague, girando sobre un eje principal, en la dirección menos probable de formas más elevadas de complejidad y de entañamiento?
- 2) ¿Habrá un límite y un término correspondiente al valor elemental y a la suma total de las energías radiales desarrolladas en el curso de la transformación?
- 3) Si se llegara a ese límite, en forma última resultante ¿se desintegraría reversiblemente un día, como exige la Entropía, hasta retrotraerse indefinidamente a los centros previvientes y primarios materiales, cediendo a la nivelación de la energía libre tangencial contenida en los sucesivos desarrollos del Universo de donde ha surgido, terminando por agotarse?

A estas preguntas sólo se podrá responder cuando el hombre haya alcanzado su grado más excelso y profundo, su punto omega.

El planeta Tierra en el que vivimos, y el único que, hoy por hoy, nos es dado conocer más directamente y con ciertas seguridades y certidumbre, es un astro desgajado de la superficie del sol. Lo único que parece que puede afirmarse es que la tierra no es un planeta que tomara su figura y su singularidad en virtud de una evolución estelar, en un proceso regular de desarrollo, sino por obra de un rozamiento de estrellas, de una ruptura interna o de esos nudos y vientres que nacen en el seno de una nebulosa de polvo cósmico flotante alrededor de cada estrella. El planeta Tierra queda situado a una distancia del sol que le permite sentir la radiación de intensidad media.

La temperatura de la tierra recién nacida permite la existencia de elementos o sustancias complejos; cosa no posible en las temperaturas extremas de las estrellas o astros incandescentes. La tierra es un planeta que admite la síntesis de sus elementos. Teilhard reduce las zonas de la Tierra a cinco: Barífera, Litósfera, Hidrósfera, Atmósfera, Estratósfera. La Geoquímica se ha desarrollado sobre la base de estas cinco zonas fundamentales.

El llamado Mundo Universal, en su variedad, es el resultado de la exhalación y liberación primaria de la energía terrestre. Los óxidos fundamentales (sílice, agua, gas carbónico) se forman quemando y neutralizando las

afinidades de sus elementos, bien pobres por cierto. Las especies minerales se reúnen y encadenan sin fusión interna ni transformación real, reduciendo su "biología" a lo que la estructura original permite a sus moléculas: permanecer en sí mismas sin romper su arquitectura formal nativa, sin capacidad de aumentar. La tierra cristaliza —y no toda—; mosaico indefinido de pequeños elementos, que nos ha sido revelado por los rayos X. Mientras tanto, una energía quedaba libre, la desprendida de los elementos terrestres en su cristalización, aumentada por la que proporcionaba la descomposición atómica de las sustancias radioactivas y por la facilitada por los rayos solares. Esta energía disponible de la Tierra se repliega sobre sí misma en una obra de síntesis, edificando compuestos carbónicos, hidrogenados o hidratos, nitrogenados. Es una especie de *polimerización*, en sentido amplio, y no restrictivamente químico, en virtud de la cual las moléculas se agrupan en asociaciones unitarias, cada vez mayores y más complejas.

Quimismo mineral y quimismo orgánico no son dos funciones de una misma operación telúrica total. Son dos aspectos inseparables, no dos funciones distintas y diversas separables o independientes. Todo lo que la Evolución presenta como distinto o distinguible ha existido en unidad primaria y elemental, originaria, en el Mundo. En la Primavera de la Tierra latían las cuatro estaciones, podríamos decir, interpretando a Teilhard. También la vida; también el Hombre. La frase de Teilhard es taxativa: *Si, dès le premier instant où il était possible, l'organique ne s'était pas mis à exister sur Terre, jamais plus tard il n'aurait commencé.* Sobre la Batisfera metálica, la Litósfera de silicatos, la Hidrósfera y la Atmósfera, se alineaba y flotaba, como una antítesis de esas cuatro zonas, la zona templada de la polimerización bañada por los rayos solares: Agua, Amoniaco, Acido carbónico.

Esta descripción hay que completarla con las consideraciones surgidas por la reflexión. La Tierra, en su origen, en su estructura química primordial, en su entraña, en su totalidad sideral aislada, atesora el quantum primitivo, esencialmente elástico, para que de él surgiera, en cantidad definida, todo lo que la evolución ha puesto de manifiesto. También, como es obvio, la Previda y la Vida. Dos leyes, complementarias entre sí, nos lo aclaran. Una: la Energía espiritual, que crece en valor radial en el grado en que se acrecienta la complejidad química de los elementos. Segunda: la complejidad química de la Tierra, que se acrecienta en la zona en que los elementos se polimerizan. La Previda surge cuando despiertan las fuerzas de síntesis incluídas en la Materia, creciendo y ascendiendo la tensión de libertad internas.

En la inmensa muchedumbre de partículas, con un polvo ultramicroscópico de proteínas que se va depositando sobre la superficie de la Tierra, alienta como sustrato íntimo y profundo de su sustancia el germen prevital y el primordial de las conciencias. Es una dinámica de doble efecto conjugado:

el aumento en síntesis de las moléculas que permite el acrecentamiento de las libertades elementales, y el enrollamiento de la sustancia de la Tierra sobre sí misma. Es como el entañamiento de la molécula en sí misma, y el del planeta también sobre sí mismo. El quantum inicial de conciencia, contenido en nuestro Mundo terrestre, no obedece a un agregado de parcelas, como advierte oportunamente Teilhard, sino que representa una masa solidaria de centros infinitesimales, ligados entre sí por sus condiciones de origen y desarrollo.

La Tierra, que no ha nacido por una evolución lógica o natural, queda, una vez nacida, sometida a una evolución dirigida desde dentro, formando un todo orgánico que se organiza, sin que sea posible disociar los elementos que se integran. La unidad Tierra se descubre como una *Pre-biósfera*. Y un día, al cabo de millones de días, resplandece la Vida. Eso maravilloso, terrible y sublime que es la vida.